

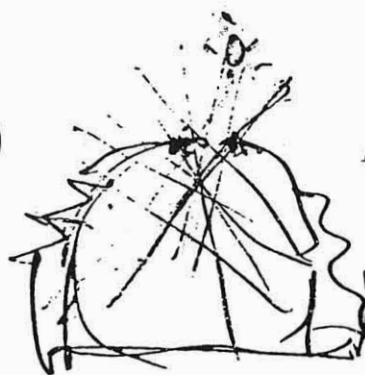


REPORTATGE FOTOGRÀFIC DE FERRAN FREIXA

PHOTOGRAPHIC REPORT BY FERRAN FREIXA

POMPEI

COMO PROYECTO



AS A PROJECT



Via dei sepolcri.

POMPEYA PARA UNA TRAVESIA SOLITARIA

Rafael Argullol

Having arrived in Pompeii and perceived the distant outline of Vesuvius, shrouded in mist, the lone visitor will hardly be able to resist the temptation to give thanks to the volcano. If —and this is a rare privilege— the fragrance of the sea breeze can be enjoyed to the full, he will feel an amoral sincerity welling up inside him: does the death, so long ago, of so many people beneath the lava, have any importance compared with the magnificent spectacle that this very lava has preserved? Evidently it has scarcely any importance; and should such a truth produce guilt feelings, no reading of eyewitness accounts of the destruction of the city will help him here. Pliny the Younger's powerful efforts in his letter to Tacitus became, for the latter, admirable literary passages. The vision of that apparently serene mountain, covered with woods and vineyards, exploding towards the heavens and covering the sun with gloom while it discharged its deadly flow onto the terrified plain was for him an image of exceptional beauty. What Pliny tried to describe as a natural earthly cataclysm slipped inevitably towards poetry; and it is precisely this slip that has the greatest effect on the reader.

There is an essential cruelty —one may think— in the aesthetic satisfaction we derive from works of the past. The legacy is what is needed; not man. Moreover: the eradication of man highlights, on occasions, the grandeur of the legacy. Would ancient works have the same value if we were forced to associate them with the lives and vicissitudes that gave them birth? A thick coating of utilitarianism, of paltriness, of fanaticism, of *reality* in short, would cloud our vision and deprive us of the thrill we long to experience. It would deprive us of our unreal quota of eternity. History needs to be transfigured by poetry if it is to be stimulating or even bearable. In a similar way, human constructions need to be moulded through the metamorphosis of art in order to become objects for enjoyment. It makes no difference if in this process certain fleeting, accidental elements are eliminated, neither does it matter if people's traces remain imprinted only on the crust of stone. What mat-

Tras llegar a Pompeya y vislumbrar a lo lejos, envuelta en nieblas, la silueta del Vesubio, al solitario visitante le será muy difícil ahuyentar la tentación de dar las gracias al volcán. Si, por raro privilegio, la fragancia marina del aire del golfo se hace sentir en su pleno vigor una amoral sinceridad le brotará espontáneamente: ¿importan, acaso, aquellos distantes muertos de los hombres bajo la lava al lado del magnífico espectáculo que esta misma lava ha preservado? Es evidente que apenas importan. No le servirá tampoco, para modificar este sentimiento la lectura de los testimonios que describen la destrucción de la ciudad. Los poderosos esfuerzos de Plinio el Joven en su carta a Tácito se han convertido, para él, en admirables pasajes literarios. La visión de aquel monte de apariencia serena, cubierto de bosques y viñedos, abriéndose hacia el cielo hasta cubrir la tiniebla el sol mientras descargaba su mortífero caudal sobre la aterrorizada planicie llegará a su mente como una imagen de tremenda belleza. Lo que Plinio trata de explicar como un cataclismo primordial de la tierra se desliza irremediamente hacia la poesía. Y es, en efecto, este deslizamiento lo que percibirá con mayor fuerza.

Hay una crueldad esencial —pensará— en la satisfacción estética que proporcionan las obras del pasado. Se necesita el legado; no al hombre. Es más: la extirpación del hombre realza, en ocasiones, la grandeza del legado. ¿Tendrían el mismo valor las obras antiguas si obligatoriamente hubiera que asociarlas a las vidas y a las vicisitudes en las que surgieron? Una espesa capa de utilitarismos, de mezquindades, de fanatismos, de *realidad* en suma, enturbiaría nuestra contemplación y nos privaría de la emoción que ansiamos encontrar. Nos privaría de nuestra cuota irreal de eternidad. La historia requiere ser transfigurada por la poesía para ser soportable e, incluso, incitante. De un modo semejante las construcciones humanas deben moldearse a través de la metamorfosis del arte para convertirse en objeto de goce. No importa que en este proceso queden eliminados los elementos accidentales y fugaces; tampoco importa que los rastros de los hombres queden únicamente enquistados en la corteza de la piedra. Lo fundamental es que permanezca aquella herencia capaz de suscitar el viaje de la imaginación y, por tanto, de avivar nuestro deseo de dirigirnos a un espacio que está más allá de las fronteras

de nuestra cotidianeidad. Pues, en definitiva, lo único verdaderamente relevante del pasado es su capacidad para hacernos soñar de un modo distinto nuestro presente.

Al llegar a Pompeya el solitario visitante tratará de evitar el engaño. No estará ante un «documento insustituible de la Antigüedad», como le insisten los eruditos y las guías; no estará ante una ciudad muerta maravillosamente conservada para los ojos fríos del estudioso. Por el contrario, estará ante una ciudad moderna, ante un espacio vivo en el que el presente es capaz de ensancharse hacia horizontes insólitos. La lejana vigilancia del volcán, tenuemente agitado todavía como si aún latieran los corazones de los titanes encadenados en su seno, le confirmará tal impresión. Ningún escenario —se dirá— ofrece más sentido de actualidad que aquel que es capaz de sugerir contemporáneamente el sentido de amenaza. Ningún lugar es más moderno que aquel que nos hace respirar el valor del tiempo y de la destrucción. En este escenario, en este lugar los instantes se arremolinan, puros y autosuficientes, como un torbellino que se forma y se desvanece de acuerdo con nuestro poder de ensoñación. Y es entonces cuando se produce el milagro: de entre las piedras aparentemente inertes, de entre las calles y las casas inquietantemente vacías brota un tropel multiforme de seres y sensaciones. Surgen hombres, perfumes, ruidos, juegos sorprendentes de las texturas y las sombras, voces que pueblan un espacio que, por un momento, ingenuamente, se creía silencioso. De aquella piedra, acariciada y castigada por los siglos, mana una vida. Pero sus imágenes, su espejismo, no pertenecen al pasado sino —con toda su violencia— a nuestro presente y a sus instantes. Las oscuras criaturas que recorren nuestra memoria sólo adquieren forma bajo el perentorio mandato de nuestra ilusión actual. Hombres y monstruos, músicas y combates, alegrías y terrores acuden a nuestro llamado. Y así resucita Pompeya. Mas no la ciudad sepultada hace casi veinte siglos sino la que trabajosa y excitadamente vamos desenterrando en nuestra imaginación.

Tras penetrar suficientemente en la estructura de Pompeya hay un momento en que el visitante sentirá como el tejido quimérico de la ciudad se va reconstituyendo a su alrededor. Ha admirado ya algunos templos, las hileras levemente irregulares de las casas, el impecable trazado de las calles. De repente, inesperadamente, Pompeya se cierra sobre sí misma. Desaparece, por así decirlo, el mundo exterior y el visitante queda atrapado entre los tentáculos de un organismo desconocido. En un primer momento nada, en aquel microcosmos, le es familiar. Incluso el cielo —aquel particular cielo de Campania— ha cambiado bruscamente. Las losas le abruman, los cipreses que asoman tras los muros ruinosos le parecen irreales, el sonido

ters is the survival of that heritage capable of letting the imagination take flight and, consequently, of stimulating our desire to head for those regions beyond the frontier of our daily routines. For, when all is said and done, the only truly relevant thing about the past is its capacity to make us imagine our present in a different way.

On arrival in Pompeii, the solitary visitor will try not to be deceived. He will not find himself before an «irreplaceable document of Antiquity», as scholars and guides will try to persuade him; he will not be before a dead city wonderfully preserved by the cold eyes of erudition. On the contrary, he will be before a modern city, before a living space where the present is able to journey towards unknown horizons. The distant watchfulness of the volcano, still slightly agitated as if the hearts of the titans chained within were still beating, will confirm such an impression. No setting is so modern —one might say— as that which is capable of communicating a feeling of present-day menace. No place is so modern as that which allows us to breathe in the value of time and destruction. In such a setting moments swirl together, pure and self-sufficient, as if in a whirlwind which appears and disappears according to our powers of fantasy. This is the moment when the miracle happens: from among the apparently inert stones, from among the unnervingly empty streets and houses, emerges a manifold throng of beings and sensations: men, perfumes, noises, amazing interplays between textures and shadows, voices filling a space which, for a moment and in our innocence, we believed to be empty. From that stone, caressed and chastised by centuries, flows out a life. But its images, its illusions, belong not to the past but to our present, with all its instantaneous violence. The dark creatures that run through our memory acquire form only under the peremptory mandate of our current illusions. Men and monsters, music and combat, joys and terrors come at our calling. Thus Pompeii is resuscitated. It is no longer that city entombed almost twenty centuries ago but the one we painstakingly and excitedly unearth in our imaginations.

Having explored sufficiently the structure of Pompeii, there is a moment when the visitor will feel that the dreamlike fabric of the city has begun to reconstruct itself around him. He will already have admired a few temples, the slightly irregular rows of houses, the impeccable layout of the streets. Then suddenly, unexpectedly, Pompeii closes in upon itself. The exterior world disappears and the visitor is caught in the tentacles of an un-

known organism. At first nothing, in that microcosm, is familiar to him; even the sky—that sky so characteristic of Campania—has changed brusquely. The tiles overwhelm him; the cypresses that peep over the ruined walls seem unreal; the sound of the wind reaches his ears as an eerie melody. His senses become confused and this momentarily places him in a vacuum. Then, as they gradually recover their serenity, he tries to adapt to the new situation. Something phantasmagorical in his surroundings penetrates his soul. A strange, unknown order; decidedly different from the *kind* of order to which he is accustomed. He feels a physical sensation of isolation, of insecurity. But what disturbs him most is the knowledge that he is being watched by innumerable, crouching, hidden, invisible presences which he cannot trust and yet towards which he feels an irresistible attraction.

Only if he gives himself up to these spells will the visitor be in a suitable state to see Pompeii; since only then will the city be reincarnated in his imagination as a reality which gradually emerges as a coherent body from the chaos of dreams. A strange unity, protean yet compact, will dominate his perception. He will scarcely be able to distinguish between the sacred and the profane, the solemn from the playful, the ceremonial from the domestic. Spaces—differentiated in the old city and her plans—become juxtaposed in the *new* city: the basilica, the temples, the theatres, the arena, the hot springs, all become enmeshed, their original function lost, in a single construction. Or, rather, in a single creation since, in fact, that urban complex conceived without any artistic end in view, in his eyes has become a «work of art» in which he can follow purely oeniric paths. Between the buildings, beyond the static walls, a world is put in motion: the shouts of the tradespeople among the tumult of the forum; the ceremonies of the priests in the religious festivals; the spectators placing bets during the contest of the gladiators... the recreated images of those sensations which acquire form only through the magic power of evocation.

The past—the supposed past that the visitor's evocation has provided—has become present and, in a way, palpable. The order of Pompeii, formerly so alien and disturbing, gradually becomes familiar and intimate. This condition of intimacy opens entirely new horizons for the spectator. Having contemplated the whole, he is now in a position to examine details; this microcosm in which he has voluntarily shut himself up can now begin to reveal its secrets. Thus he can visit the houses of Pompeii convinced that he will disco-

del viento llega a sus oídos como una melodía turbadora. Sus sentidos sufren una convulsión que transitoriamente le sitúa en el vacío. Luego, cuando despiertan de nuevo, lenta, parsimoniosamente, trata de adaptarse a la nueva situación. Hay algo de fantasmagórico en torno suyo que le conmueve. Un orden extraño, ignoto, decididamente distinto al *tipo* de orden al que está acostumbrado. Experimenta una sensación física de aislamiento, de inseguridad. Pero lo que le resulta más inquietante es saberse acechado por innumerables presencias agazapadas, ocultas, invisibles, de las que desconfía y ante las cuales siente una irresistible atracción.

Sólo abandonándose a este sortilegio el visitante estará en condiciones de atravesar Pompeya. Pues únicamente entonces la ciudad se reencarnará en su imaginación como una realidad que se va engendrando entre las carnes informes del sueño. Una extraña unidad, proteica más compacta, dominará su percepción. Apenas le será posible distinguir lo sagrado de lo profano, lo solemne de lo lúdico, lo ceremonial de lo doméstico. Los espacios—diferenciados en la antigua ciudad y en los planos que a ella hacen referencia—están yuxtapuestos en su *nueva* ciudad: la basílica, los templos, los teatros, la palestra, las termas se engarzan, perdida su funcionalidad original, en una construcción unitaria. O, mejor, en una creación unitaria pues, efectivamente, aquel conjunto urbano concebido sin fines artísticos, a sus ojos se ha convertido en una «obra de arte» en la cual él puede dejarse orientar por rumbos puramente oníricos. Entre los edificios, más allá del estatismo de los muros, un mundo se pone en movimiento: los gritos de los comerciantes en el tumulto del foro, las ceremonias de los sacerdotes en las fiestas religiosas, las apuestas de los espectadores ante el combate de los gladiadores... las imágenes recreadas de aquellas sensaciones que sólo adquieren cuerpo a través del poder mágico de la evocación.

El pasado—el supuesto pasado que el visitante ha exigido a su evocación—se ha hecho presente y, en cierto modo, palpable. El orden de Pompeya, antes ajeno y turbador, va volviéndose familiar, íntimo. Esta condición de intimidad abre al espectador perspectivas completamente nuevas. Tras la visión de conjunto está en disposición de penetrar en el detalle; este microcosmos en el que ha querido encerrarse puede descubrirle sus secretos. Y así recorrerá las casas pompeyanas con la convicción de penetrar en las claves más ocultas del lugar. En ellas reside—lo apreciará en seguida—el marchamo peculiar de Pompeya. A diferencia de las grandes ruinas arqueológicas, cuya contemplación suele despertar un choque violento por el que se hace evidente la abrupta ruptura del tiempo, Pompeya ofrece la oportunidad

de distorsionar los planos cronológicos. El espectador de aquéllas queda inapelablemente alejado ante la visión de los templos y palacios. Por el contrario la posibilidad de «rehabitar» las casas, como sucede en Pompeya, le produce un efecto de aproximación, casi una invitación, ya no a visitar, sino a permanecer.

Es en el interior de las casas donde se produce el combate más vivo entre las figuras de la piedra y las figuras de la imaginación. El juego entre los espacios abiertos y cerrados, la elegancia austera de los atrios, la gracia insólita de los peristilos, la sucesión de habitáculos rigurosamente concebidos insinúan la persistencia de unas moradas detenidas al margen del tiempo. Pero esta impresión de eternidad traiciona por poco rato a la retina. De inmediato la luz, penetrando masivamente a través del *compluvium* o simplemente insinuándose a lo ancho de las paredes, provoca el reencuentro de sensaciones vivas, cambiantes, efímeras. Los matices de la luz desarrollan un intrincado laberinto de perspectivas por el cual las coordenadas del espectador se desplazan de continuo. Las columnas parecen rotar lentamente modificando los ángulos de visión. Nuevas profundidades y nuevos volúmenes surgen y desaparecen con sorprendente precisión. Sueño y realidad quedan soldados por un claroscuro permanente.

Al amparo de la invasión mutua de luz y sombra el ojo va dejándose atrapar por el detalle. Las estrías, las incrustaciones, los ornamentos adquieren una personalidad propia. La fascinación pompeyana empuja al visitante hacia sus círculos más recónditos. Cada relieve, cada intersticio poseen un simbolismo especial al que debe enfrentarse con el sólo recurso de la fantasía. Los motivos geométricos no le inquietan menos que los directamente míticos; los minuciosos mosaicos le sugieren tanto como las pinturas casi descoloridas. Lo épico junto a lo obscuro, lo trágico junto a lo festivo, la abigarrada galería de guerreros, amorcillos, dioses, monstruos, las proclamas poéticas y los *graffitti* insolentes tejen a su alrededor una telaraña de hilos ilimitados.

El enigma permanece, sin embargo, indescifrado. Para el visitante esta constatación tendrá lugar cuando, en uno de los momentos culminantes de su periplo, una vez haya recorrido la Via dei Sepolcri hasta alcanzar la famosa *Villa dei Misteri*, deba enfrentarse al gran fresco dionisiaco. Todo su anterior aprendizaje, desde la recreación unitaria de Pompeya hasta el velamiento de sus rincones revividos, vacilará ante la súbita impenetrabilidad de la escena que tiene ante él. Se sentirá abrumado por la violencia de lo inexplicable pero, al mismo tiempo, atraído por el aire misterioso y sensual de las pinturas. De algún modo también él participará —está participando ya desde su incursión en Pompeya— del proceso iniciático. Puestas en ac-

ver the city's innermost secrets. He will realise at once that Pompeii's particular stamp lies in her houses. As opposed to great archaeological ruins, contemplation of which normally produces a violent shock through which can be seen the abrupt rupture of time, Pompeii offers us the opportunity to distort chronological laws. He who contemplates the former becomes inevitably isolated when faced with the sight of temples and palaces. On the other hand, the possibility of «rehabilitating» the houses, as occurs in Pompeii, constitutes a nearness, almost an invitation not merely to visit, but to stay.

It is inside the houses that the mightiest combat between stone figures and figures of the imagination takes place. The interplay between open and closed spaces, the austere elegance of the atriums, the unusual grace of the peristyles, the succession of rigorously conceived rooms, all suggest that these dwellings have remained fixed beyond the limits of time. However, this impression of eternity deceives the retina for a short time only. Suddenly the light, penetrating all at once through the *compluvium* or simply creeping along the walls, leads to the re-encounter with living, changing, ephemeral sensations. The nuances of light weave an intricate labyrinth of perspectives which the spectator is forced to follow with his eyes. The columns seem to rotate slowly, modifying the angles of vision. New depths and new volumes emerge and then vanish with astonishing precision. Dream and reality are fused together in a permanent chiaroscuro.

Sheltered by the mutual encroachment of light and shadow, the eye lets itself be captured by detail. Fluting, inlaid work, and ornaments acquire their own personality. Pompeii's fascination pushes the visitor towards her most hidden corners. Each relief, each interstice, possesses a special symbolism which he must face with the sole resource of fantasy. The geometrical motifs are no less disquieting than those which are directly mythological; the meticulously worked mosaics suggest as much as the almost discoloured paintings. The epic beside the obscene; the tragic beside the festive; the variegated gallery of warriors, flirtations, gods, monsters, poetic oratory and insolent *graffitti* weave around themselves a cobweb of innumerable threads.

The riddle, however, remains unsolved. For the visitor, the solution will be revealed when, at one of the culminating moments of his tour, once he has walked the length of the Via dei Sepolcri and reached the famous *Villa dei Misteri*, he is finally faced with the Dionysian fresco. All he

has learnt in his previous apprenticeship, from the overall reconstruction of Pompeii to the uncovering of her relived corners, will be of no use before the sudden impenetrability of the scene before him. He will feel overwhelmed by the violence of the inexplicable yet, at the same time, attracted by the mysterious, sensual air of the paintings. He will also, in a way, find himself participating in the initiation ceremony. Once in action, the twenty-nine figures in the sacred rite become the bearers of an ambiguous faith which can be neither accepted nor ignored. He will seek the *meaning* of those scenes, he will recall what he has read concerning their significance, he will gaze at symbols and expressions. He will reach interpretations—in part learned, in part his own—of the different components of the ritual procession. Dionysus, Ariadne, the Sileni, the satyrs, the strange winged demon with his whip aimed at the kneeling woman, the bacchante dancing in the orgiastic celebration. He will examine gestures and will recognise: terror, exaltation, astonishment, mockery, until he reaches the almost hieratic serenity of the last figure. At last he will be able to establish certain relationships and form certain hypotheses. However, the *meaning*, the genuine significance of what he has seen, will remain floating in an atmosphere rarified by mystery and uncertainty. Dream will refuse to be kept prisoner by the certainties of reason.

Destruction has gently, innocently engendered new creations. It is not necessary to return to the dramatic, exquisite sculptural groups formed by the corpses worked by lava; to the prostrate girl with her head tensely resting on her arm, to the terribly twisted dog at the fatal moment when he broke free from his chain; it is enough to contemplate the lava forms emerging from the worn out mouldings, or the astonishing silhouettes everywhere discharged from the stone, to realise that amongst what is apparently inert beat the palpitating hearts of spectres which are still very much alive.

When the lone visitor departs from Pompeii, he will be clearly aware that the city has hardly revealed herself. At the boundary where her excavated streets end begins the subsoil which contains other secrets, other memories, other dreams. He will know for sure that Pompeii will be a permanently unfinished city since she will always be reincarnated in new cities, in new masks with which she will fascinate and confuse all who contemplate her. With the sole exception of the volcano: her destroyer and her creator.

ción, las veintinueve figuras de la ceremonia sagrada se expondrán ante sus ojos como portadoras de una ambigua fe que no es posible aceptar mas, tampoco, ignorar. Buscará el *sentido* de aquellas escenas, rememorará lecturas acerca de sus significados, fijará su atención en símbolos y expresiones. Llegará a interpretaciones, en parte aprendidas, en parte propias, de los distintos componentes del cortejo ritual. Dionisos, Ariadna, los silenos, los sátiros, el extraño demonio alado con el látigo dirigido contra la mujer arrodillada, la bacante danzando en la celebración orgiástica. Examinará los gestos y reconocerá: el terror, la exaltación, el asombro, la burla, hasta llegar a la serenidad casi hierática de la última figura. Por fin establecerá ciertas relaciones, ciertas hipótesis. Sin embargo, el *sentido*, el auténtico significado de lo que ha presenciado continuará flotando en una atmósfera enrarecida por el misterio y la incertidumbre. El sueño se negará a quedar prisionero entre las certezas de la razón.

Esta simbiosis de nuevos conocimientos y reforzadas ignorancias acompañará al visitante en su abandono de la ciudad. Recorrido su personal camino iniciático —y acrecentada por tanto la luz, lo mismo que la penumbra— cada partícula habrá adquirido una dimensión polivalente. Junto a las estructuras voluntariamente erigidas por el hombre aparecen, ahora, aquellas otras construidas por el paso de los siglos; junto a las figuras cinceladas por lejanos artífices surgen otras esculpidas por el desgaste y la corrosión. Los tiempos se entrecruzan, la ciudad presente brota espontáneamente desde la urbe antigua, los rostros del arte miran simultáneamente al pasado y al futuro. La destrucción ha engendrado dócil, inocentemente, nuevas creaciones. No es necesario recurrir a los dramáticos y hermosísimos grupos escultóricos de los cadáveres labrados por la lava, a la muchacha tendida con la cabeza tensamente apoyada sobre el brazo, al perro terriblemente retorcido en el instante mortal de escapar a su cadena; basta contemplar las formas larvadas que se insinúan en las gastadas molduras o las sorprendentes siluetas que la piedra supura por doquier para adivinar que entre lo inerte, entre lo aparentemente muerto, palpitan espectros rebosantes de vida.

Cuando el solitario visitante parta de Pompeya tendrá una clara conciencia de que la ciudad apenas se ha desvelado. En la frontera donde se acaban sus calles excavadas, empieza el subsuelo que contiene otros secretos, otras memorias, otros sueños. Tendrá la conciencia de que aquella será una ciudad inacabada para siempre, pues siempre se encarnará en nuevas ciudades, en nuevas máscaras con que fascinar y confundir a sus contempladores. Con la sola excepción del volcán, su destructor, su creador.



Tras penetrar suficientemente en la estructura de Pompeya hay un momento en que el visitante sentirá como el tejido quimérico de la ciudad se va reconstituyendo a su alrededor. Ha admirado ya algunos templos, las hileras levemente irregulares de las casas, el impecable trazado de las calles. De repente, inesperadamente Pompeya se cierra sobre sí misma. Desaparece, por así decirlo, el mundo exterior y el visitante queda atrapado entre los tentáculos de un organismo desconocido. En un primer momento nada, en aquel microcosmos, le es familiar. Incluso el cielo —aquel particular cielo de Campania— ha cambiado bruscamente. Las losas le abruman, los cipreses que se asoman tras los muros ruinosos le parecen irreales, el sonido del viento llega a sus oídos como una melodía turbadora. Sus sentidos sufren una convulsión que transitoriamente le sitúa en el vacío. Luego, cuando despiertan de nuevo, lenta, parsimoniosamente, trata de adaptarse a la nueva situación. Hay algo fantasmagórico en torno suyo que le conmueve. Un orden extraño, ignoto, decididamente distinto al *tipo* de orden al que está acostumbrado. Experimenta una sensación física de aislamiento, de inseguridad. Pero lo que le resulta más inquietante es saberse acechado por innumerables presencias agazapadas, ocultas, invisibles, de las que desconfía y ante las cuales siente una irresistible atracción. (...)

Es en el interior de las casas donde se produce el combate más vivo entre las figuras de la piedra y las figuras de la imaginación. El juego entre los espacios abiertos y cerrados, la elegancia austera de los atrios, la gracia insólita de los peristilos, la sucesión de habitáculos rigurosamente concebidos insinúan la persistencia de unas moradas detenidas al margen del tiempo. Pero esta impresión de eternidad traiciona por poco rato a la retina. De inmediato la luz, penetrando masivamente a través del *compluvium* o simplemente insinuándose a lo ancho de las paredes, provoca el reencuentro de sensaciones vivas, cambiantes, efímeras. Los matices de la luz desarrollan un intrincado laberinto de perspectivas por el cual las coordenadas del espectador se desplazan de continuo. Las columnas parecen rotar lentamente modificando los ángulos de visión. Nuevas profundidades y nuevos volúmenes surgen y desaparecen con sorprendente precisión. Sueño y realidad quedan soldados por un claroscuro permanente. (...)





Al amparo de la invasión mutua de luz y sombra el ojo va dejándose atrapar por el detalle. Las estrías, las incrustaciones, los ornamentos adquieren una personalidad propia. La fascinación pompeyana empuja al visitante hacia sus círculos más recónditos. Cada relieve, cada intersticio poseen un simbolismo especial al que debe enfrentarse con el sólo recurso de la fantasía. Los motivos geométricos no le inquietan menos que los directamente míticos; los minuciosos mosaicos le sugieren tanto como las pinturas casi descoloridas. Lo épico junto a lo obscuro, lo trágico junto a lo festivo, la abigarrada galería de guerreros, amorillos, dioses, monstruos, las proclamas poéticas y los *graffiti* insolentes tejen a su alrededor una telaraña de hilos ilimitados.

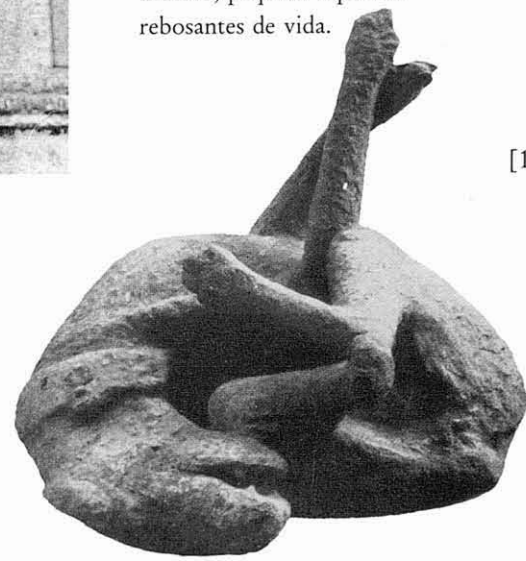


El enigma permanece, sin embargo, indescifrado. Para el visitante esta constatación tendrá lugar cuando, en uno de los momentos culminantes de su periplo, una vez haya recorrido la Via dei Sepolcri hasta alcanzar la famosa *Villa dei Misteri*, deba enfrentarse al gran fresco dionisiaco. Todo su anterior aprendizaje, desde la recreación unitaria de Pompeya hasta el desvelamiento de sus rincones revividos, vacilará ante la súbita impenetrabilidad de la escena que tiene ante él. Se sentirá abrumado por la violencia de lo inexplicable pero, al mismo tiempo, atraído por el aire misterioso y sensual de las pinturas.





Esta simbiosis de nuevos conocimientos y reforzadas ignorancias acompañará al visitante en su abandono de la ciudad. Recorrido su personal camino iniciático —y acrecentada por tanto la luz, lo mismo que la penumbra— cada partícula habrá adquirido una dimensión polivalente. Junto a las estructuras voluntariamente erigidas por el hombre aparecen, ahora, aquellas otras construidas por el paso de los siglos; junto a las figuras cinceladas por lejanos artífices surgen otras esculpidas por el desgaste y la corrosión. Los tiempos se entrecruzan, la ciudad presente brota espontáneamente desde la urbe antigua, los rostros del arte miran simultáneamente al pasado y al futuro. La destrucción ha engendrado dócil, inocentemente nuevas creaciones. No es necesario recurrir a los dramáticos y hermosísimos grupos escultóricos de los cadáveres labrados por la lava, a la muchacha tendida con la cabeza tensamente apoyada sobre el brazo, al perro terriblemente retorcido en el instante mortal de escapar a su cadena; basta contemplar las formas larvadas que se insinúan en las gastadas molduras o las sorprendentes siluetas que la piedra supura por doquier para adivinar que entre lo inerte, entre lo aparentemente muerto, palpitan espectros rebosantes de vida.



Cuando el solitario visitante
parta de Pompeya tendrá una
clara conciencia de que la ciudad
apenas se ha desvelado. En la
frontera donde se acaban sus
calles excavadas, empieza el
subsuelo que contiene otros
secretos, otras memorias, otros
sueños. Tendrá la conciencia de
que aquella será una ciudad
inacabada para siempre, pues
siempre se encarnará en nuevas
ciudades, en nuevas máscaras
con que fascinar y confundir a
sus contempladores. Con la sola
excepción del volcán, su
destructor, su creador.

